

En los tiempos bárbaros, los males causados por la guerra se curan pronto. Un siglo despues de la conquista, la Sajonia fué el elemento más eficaz de la Alemania; príncipes de aquella raza ciñeron sus sienas con la corona imperial, y propagaron á su vez el Evangelio entre las poblaciones del Norte. Pero si debemos justicia á los conquistadores, guardémoslos, sin embargo, de justificar por los resultados los crímenes á que les arrastraron sus pasiones. Nosotros gozamos hoy los frutos de la victoria; la historia nos enseña que la derrota de los Sajones era providencial; mas, con todo, al leer los anales donde se refieren los detalles de aquellas sangrientas luchas, nuestras simpatías no están del lado de los vencedores, están de parte del heroico Wittikind, que, "despues de Herman, fué el más grande defensor de la libertad germánica," (1). El grito de la conciencia se subleva contra la atroz barbarie de Carlo-Magno, inmolando á sangre fria, vencedor y dueño de la Europa, á cuatro mil quinientos nobles sajones: "Si aquellos prisioneros, dice *Voltaire*, hubiesen sido súbditos rebeldes, un castigo semejante habria sido una pena horrible; pero tratar de ese modo á hombres que combatían por su libertad y sus leyes, es la accion de un bandido del cual han hecho un grande hombre éxitos memorables y algunas cualidades brillantes." Las leyes dadas por Carlo-Magno para prevenir la apostasia de los Sajones son más horrosas aún que la carnicería de la guerra; á cada linea aparece la muerte en aquella legislacion de sangre: contra el que pone fuego á una iglesia, la muerte; contra el robo en un templo, la muerte; contra el que se sustrae al bautismo, la muerte; contra el que come carne durante la cuaresma, la muerte! (2).

Los cargos que hacemos á Carlo-Magno más se dirigen á su época que á aquel á quien la posteridad ha dado el nombre de Grande por excelencia. Sus contemporáneos no sospecharían que la guerra contra los paganos, gloria de su reinado, le habia de ser un día imputada á crimen. Despues de la derrota de los Sajones, seguida de la conversion violenta de los vencidos, el papa Adriano escribió una carta de felicitacion á Carlo-Magno (3). La Iglesia,

(1) *VOLTAIRE, Anales del Imp., a. 772.*

(2) *Capitul., de partib. Saxon., c. 3, 8, 4 (BALUZE, tomo I, página 251).*

(3) *Epist. XXVI, Hadriani Papae ad Carolum Regem (Cod.*

órgano de la moralidad en la Edad Media, no encontró una palabra de reprobacion por la sangre con que se manchó el bautismo de los Bárbaros. ¿Ni cómo habia de vituperar la Iglesia una obra debida á su inspiracion? Siendo ella la que impulsaba á la guerra contra las poblaciones paganas, la Iglesia es tambien la que dictaba las leyes de sangre contra los apóstatas. La humanidad moderna, más exigente que el papado de la Edad Media, increpa la crueldad, sea cualquiera la causa en provecho de la cual se vierta sangre inocente. ¡Plegue á Dios que ese progreso en el desarrollo moral sostenga nuestro ánimo en un tiempo en que la moralidad pública ha sufrido tan tristes abatimientos! La humanidad se eleva de siglo en siglo, á pesar de los errores y las caidas de los hombres.

N.º 3.—*Los Francos en Italia.—El papado.*

Apénas se habian establecido los Francos en las Galias, cuando la Italia los atrae, y entran en lucha permanente con los Bárbaros que ocupan aquella tierra fascinadora. Los Merovingios caen sobre la Italia como una tempestad; saquean, destruyen, pero fracasan. Los Carlovingios obtienen éxito, y Roma viene á ser una parte de su imperio. En el siglo VI, los Francos se lanzaban sobre la Italia, guiados por una vaga ambicion; no representaban ninguna idea civilizadora. No así los Carlovingios, que iban á sostener á orillas del Tiber el papado, el cual habia de presidir á la educacion de la humanidad durante la Edad Media: ese gran objeto justifica su éxito.

En el siglo VIII, el papado comenzaba á ser reconocido en la Iglesia como poder espiritual; pero esto no bastaba á su mision: destinado á dominar sobre los reyes, no podia quedar bajo la dependencia del poder temporal, y necesitaba una completa libertad de accion. Si hubiese quedado sujeto á un imperio cualquiera, en lugar de ser el árbitro, habria sido el instrumento de la cristianidad. Cuando la Providencia llamaba á los Carlovingios á restablecer el poder de los Francos, los

Carol., 91. D. BOUQUET, t. v, p. 568): «Magis de vestris a Deo præsidiatis regibus triumphis comperientes, qualiter sevas adversasque gentes, scilicet Saxonum, ad Dei cultum perduxeritis, atque Domino auxiliante, et Petre Paulique Apostolorum principum interventionem suffragante, sub vestra eorum colla redacta sunt potestate, eorumque optimates subjugantes, divina inspiratione, regali annis, universam illam gentem Saxonum ad sacrum deduxistis baptismatis fontem.»

Lombardos disputaban la Italia á los Griegos; cualquiera de estos últimos que hubiera sido el vencedor, la victoria tendria que ser fatal al papado. Roma hacia parte del exarcado; sus obispos estaban sometidos al emperador, como todos los obispos de Oriente. El emperador ejercia una verdadera soberania sobre la Iglesia; la imponia leyes religiosas, y la resistencia era castigada como traicion. Si los Griegos hubiesen vencido, el pontificado y la Iglesia habrian dejado de existir. En cuanto á los Lombardos, sabido es que eran arrianos y que aspiraban á la soberania de la Península; sus relaciones con los papas necesariamente tenian que ser hostiles; y si se hubiesen apoderado de Roma, el papado podia tambien darse por extinguido. Para que los destinos del mundo se cumpliesen, debian, pues, sucumbir los Lombardos.

Pero los papas eran impotentes para resistir á sus temibles enemigos, y el imperio griego, de que Roma dependia, era tan débil como el papado. Miserables disputas de teología ocupaban toda la actividad de los emperadores, y en los momentos en que hubiera sido necesario concentrar todas las fuerzas para defender á Roma contra los Bárbaros, los emperadores de Constantinopla hacian la guerra á las imágenes y á los frailes. Entre tanto crecia el peligro. Ya la parte de Roma no protegida por sus murallas era presa del saqueo y de la destruccion; la misma iglesia de San Pedro, que habian respetado los Godos arrianos, no se libró de los insultos de los Lombardos. Los papas, en el último extremo, buscaron proteccion en los Francos. Cuando Gregorio III se dirigió á Carlos Martel, no existia entre el papado y los Francos más vinculo que el de la comunidad de creencias. Y el mayordomo de palacio no tenia ningun motivo personal para acometer una empresa larga y peligrosa del otro lado de los Alpes. Pero ya en tiempo de su hijo, los intereses de la familia carlovingia y los del papado se habian identificado hasta el punto de que las guerras contra los Lombardos tuviesen el doble objeto de libertar al papado y de engrandecer la dominacion franca.

Pipino era rey de hecho y queria serlo de derecho. Al efecto, envió un delegado al papa para proponerle la célebre cuestion de si debia ser rey aquel que no tenia ningun poder en el reino y solamente llevaba tal nombre, ó aquel otro por quien el reino estaba gobernado y que tenia el cuidado

de todas las cosas. Zacarías respondió que valia más que aquel que poseia ya la autoridad de rey lo fuera en efecto (1). Pipino recibió el oleo de la real consagracion de manos de Bonifacio, el apóstol de la Alemania, y no pareciéndole suficiente aquella consagracion, como el papa Estéban fuera en persona á solicitar el apoyo de los Francos, Pipino se hizo consagrar de nuevo, con todos sus hijos, y el pontífice intimó á los nobles que asistian á la ceremonia que no eligieran reyes más que en la familia de Pipino, bajo pena de excomunion (2).

Desde aquel momento, los reyes francos fueron los aliados de los papas. El advenimiento de los Carlovingios y su alianza con el papado eran hechos providenciales. Roma iba á ser presa de los Lombardos; Pipino la salvó. Pero apénas habia dejado la Italia el vencedor, cuando los Lombardos rompieron de nuevo las hostilidades. El orgulloso Hastulfo exigió que el papa le fuera entregado así que la ciudad se rindiese, en cuyo caso tendria piedad de los Romanos; de otro modo, destruiria á Roma. Estéban, viéndose en tan apurado lance, usó de un artificio sin ejemplo, dice *Fleury*; escribió á los Francos una carta en nombre de San Pedro, como si el apóstol, movido de la angustia en que se encontraba la Iglesia, hubiese resucitado para defenderla: "Pedro, llamado al apostolado por Jesucristo... Creedlo firmemente, vosotros los que me sois tan queridos, y no lo dudeis, cuando yo mismo os hablo, como si hubiese resucitado con mi propio cuerpo y estuviera vivo ante vosotros. Yo soy el que os conjuro hoy... La Madre de Dios, María, os solicita, os amonesta, os manda. Los tronos y las dominaciones, los mártires y los confesores de Cristo os conjuran para que tengais piedad de esta ciudad de Roma que el Señor me ha confiado y de su Santa Iglesia que Dios me ha encomendado... Si me obedecéis prontamente, recibiréis una gran recompensa en esta vida; venceréis á todos vuestros enemigos, viviréis largo tiempo, gozando los bienes de la tierra, y obtendréis con seguridad la vida eterna... No permitais que mi ciudad de Roma y el pueblo que la habita sean desgarrados por la raza de los Lombardos, si no quereis que vuestros cuerpos y vuestras almas sean atormenta-

(1) Véanse los testimonios de ese hecho en *MLLÉ. LÉZARDIÈRE, Teoria de las leyes políticas, t. VIII, Pruebas, página 245 y siguientes.*

(2) *ANASTAS., Vita Stephani II (BOUQUET, t. v, p. 436).*

dos en el fuego inextinguible del infierno por el diablo y sus ángeles perversos,, (1).

Fleury se indigna del fraude empleado por el soberano pontífice en interés de su propio poder, y señala en la carta de Estéban las promesas temporales de la Antigua Ley mezcladas á las promesas espirituales del Evangelio, y los más santos motivos de la religión puestos al servicio de un *negocio de Estado*; el escritor francés no encuentra disculpa á la conducta del papa más que en la índole del siglo en que vivió (2). Bajo el punto de vista evangélico, *Fleury* tiene razón, y también la tiene en vituperar la ambición de los papas, que se llaman á sí mismos vicarios de Aquel que fué maestro y modelo de humildad. Pero si los hombres no pueden ser justificados, no sucede lo mismo á la Providencia. No se trataba solamente de un *negocio de Estado*; estaban de por medio el porvenir del catolicismo y el de la humanidad. La Iglesia era el instrumento providencial de la educación de los Bárbaros, y en la Edad Media, la Iglesia se identificaba con el papado. ¿Podía éste subsistir acosado por dos potencias que igualmente le eran hostiles, los Lombardos y los Griegos? Cualquiera que fuese el vencedor, la silla romana estaba destinada á una vergonzosa servidumbre. El papa, llamando á los Francos á Italia, salvó la silla de San Pedro, y con ella la civilización cristiana. Los reyes carlovingios, dignos de la misión que Dios les confiaba, arrancaron á los Lombardos el exarcado de Rávena, la Pentápolis y el ducado de Roma, é hicieron de todo ello un donativo á la silla apostólica.

Parecía que ésta se hallaba completamente á salvo. Pero mientras estuviese en pie la dominación de los Lombardos, el peligro estaba aplacado más bien que desvanecido; podían rehacerse y amenazar de nuevo á la Ciudad Eterna. Por eso los papas se propusieron la destrucción de sus enemigos. Á punto de verificarse una alianza de familia, que iba á estrechar relaciones entre los reyes francos y los lombardos, Estéban no retrocedió ante el insulto y la calumnia para romper aquellos vínculos funestos. Escribió á Carlo-Magno y á su hermano: "Deseo quiere persuadir á uno de vosotros á que se case con su hija; sería una obra del demonio...

(1) *Epist. Stephani* (BOUQUET, t. v, p. 495-497).

(2) *FLEURY, Hist. ecclésiastique*, lib. XLIII, § 17.

¡Qué locura! El ilustre pueblo de los Francos, una raza real tan noble, ¡se mancharía por medio de la unión de los perversos y repugnantes Lombardos, que no deben ser contados entre los pueblos y cuya raza desciende de leprosos!,, Recordando la alianza de Pipino con el papado, Estéban añade: "¿Cómo os atreveríais á proceder, en cualquier asunto que sea, contra las órdenes y la voluntad de la silla apostólica? Eso sería, no sólo despreciar al papa, sino despreciar á San Pedro, príncipe de los apóstoles... Por eso San Pedro os conjura por mi mediación; yo mismo y todo el clero de su Santa Iglesia os juramos, en nombre del juicio de Dios en que aparecerán temblorosos todos los príncipes, á que no os caseis, ni el uno ni el otro, con la hija del príncipe de los Lombardos... Si alguno se atreve á obrar en oposición á estos consejos, yo le cargo, en nombre de la potestad del Señor, con las cadenas de la excomunión, le arrojo del reino de Dios y le entrego al demonio y á sus llamas eternas,, (1). Esta carta, cuya violencia hace singular contraste con la caridad cristiana, demuestra la inmensa importancia que daba el papado á la destrucción de la dominación lombarda; tratábase para él de ser ó no ser. Carlo-Magno, llamado á Italia por Adriano, libró á los papas de sus enemigos, y puso sobre su cabeza la corona de hierro que había estado á punto de encadenar á Roma.

La conquista de Italia fué el término del poderío de los Francos. Sus guerras, íntimamente ligadas á los destinos del cristianismo, habían destruido la herejía arriana y difundido por Alemania la religión católica; ya no quedaba más que dar un fundamento sólido á la unidad cristiana. La ruina de los Lombardos libró al papado de su más peligroso enemigo; las donaciones de Pipino y de Carlo-Magno le aseguraron la independencia. Aún podía amenazarle un último peligro, si los Lombardos, aliados con los Griegos, conseguían arrojar á los Francos de la Italia. Para unir á éstos con la Iglesia por medio de un vínculo indisoluble, el papa va á poner, con atrevida iniciativa, la corona imperial sobre la cabeza de Carlo-Magno, dando por misión á los jefes del imperio la de que sean defensores de la Iglesia.

(1) *Epist. Stephani*, II (BOUQUET, t. v, p. 541).

CAPÍTULO IV.

LA UNIDAD CARLOVINGIA.

SECCION I.^a

EL IMPERIO DE OCCIDENTE.

§ I.—Restablecimiento del imperio.

El año 800, Carlo-Magno se encontraba en Roma. "El día de Natividad, dice *Eginhardo*, cuando el rey, que había asistido á la misa, se levantaba de hacer oración ante el altar del apóstol San Pedro, el papa le puso una corona sobre la cabeza y todo el pueblo romano exclamó: *¡Vida y victoria á Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los Romanos!* En seguida fué adorado por el pontífice, según la costumbre de los antiguos príncipes; y dejando el nombre de patricio, tomó el de emperador y Augusto,, (1).

De esta manera fué restablecido el imperio de Occidente. El papado representa el primer papel en aquel grande acontecimiento. Tal, por lo menos, fué la opinión de los contemporáneos; el *Analista de Lorsch* (2) nos dará á conocer los motivos por los que el imperio fué transferido á Carlo-Magno: "Como la dominación de los Griegos no merecía ya el nombre de imperio, y como el gobierno había caído en manos de una mujer (Irene), pareció conveniente á

Leon, sucesor de los apóstoles, y á todos los Santos Padres que allí estaban presentes, y también á todo el resto del pueblo cristiano, nombrar emperador á Carlo-Magno, rey de los Francos; era ya éste dueño de Roma, donde los antiguos Césares acostumbraban tener su residencia, y poseía la Italia, la Galia y la Germania. Como Dios había puesto bajo su poder todas aquellas regiones, les pareció que era de justicia el otorgarle también el título imperial, y fué el primero que consiguió restablecer la paz y la concordia en la Santa Iglesia Romana, desterrando la discordia que la había turbado durante tanto tiempo.,

Los cronistas revelan fielmente la impresión que aquel grande acto causó en la cristiandad, la cual vió en él el dedo de Dios y de la Iglesia. Hacía tres siglos que el mundo bárbaro era presa de división y de la lucha; la raza germánica había nacido fraccionada; sólo la Iglesia conservaba la idea de la unidad, sólo ella tenía la ambición de realizarla en la esfera espiritual. Siendo una por sus creencias, la sociedad cristiana debía también propender á la unidad política. El interés de su

(1) *EINHARDI, Annales ad a. 800.*

(2) *Annales Loureshamens.*, c. 33 (PERTZ, t. I, p. 33).